

**DISCURSO OFRECIDO EN LA CONMEMORACIÓN  
DEL  
NATALICIO DE LUIS MUÑOZ RIVERA**

**POR CARLOS E. DIAZ OLIVO  
19 de julio de 2010**

Ernesto “Che” Guevara decía que lo peor que le podemos hacer a nuestros próceres es convertirlos en estatuas. Al hacerlo, los congelamos y relegamos al pasado, su legado y trascendencia.

En el caso de Puerto Rico, a los próceres les hemos conferido el honor particular de oficializar un día en su nombre. Un día que movemos con antojo en el calendario para convertirlo en un fin de semana largo, libre de trabajo.

Como resultado de este arreglo, gran parte de la población, celebra inconsecuentemente cualquier otra cosa, menos el legado del homenajeado. En su natalicio, triste e irónicamente, el prócer termina siendo el gran ausente.

Como Pueblo, nos faltamos cuando confinamos a la intrascendencia a los grandes que nos precedieron, y que dieron por nuestro país las batallas que sus tiempos exigieron. Así lo reconoció, precisamente a quien hoy recordamos, Luis Muñoz Rivera cuando expresó:

Necesitamos poner la vista en el pasado y en el porvenir. El presente es nada. Las lecciones vienen del ayer y sirven para el mañana.

Hoy, cuando parece que Puerto Rico se pierde en una espiral vertiginosa y destructiva, el momento es propicio para rescatar y hacer parte de nosotros el legado de nuestros héroes. Es momento de desempolvarlos, de bajarlos del pedestal del olvido al que le condenamos, e integrar sus enseñanzas a nuestro presente.

Repasemos sus vivencias, sus aciertos, sus fallas. Esto nos colocará en perspectiva. Nos permitirá hacer justo balance de nuestros haberes, y nos permitirá avanzar hacia el futuro con confianza y determinación.

El día de hoy nos brinda la oportunidad de subrayar la vigencia de uno de los grandes de nuestra vida colectiva. Alguien que vivió en su fuero interno el carrusel de ilusiones y frustraciones, que es nuestro devenir histórico. Don Luis Muñoz Rivera, como su Puerto Rico, fue pendiente arriba y pendiente abajo. Viajó a toda vela y también zozobró, tocó fondo y no llegó al puerto ansiado.

Combatió las imposiciones coloniales de parte de España y de los Estados Unidos. Comprendió - mejor que cualquier otro en su tiempo - las dinámicas internas de ambas metrópolis. Se introdujo en ellas y navegó entre sus intrigas. Negoció y obtuvo, en una y en otro, lo que prometían ser beneficios auspiciosos para su pueblo, para luego enfrentar con desilusión, los efectos de las fuerzas del

colonialismo que imposibilitaban la redención social, política y económica.

Tantas veces fracasó, tantas veces se levantó y emprendió de nuevo la lucha por lo que entendía correcto y necesario. Lo hizo siempre con determinación, con respeto y con fe en su Pueblo. La causa de su patria, fue su Norte y la fuente inagotable de su voluntad. Como él mismo dijera en el tantas veces citado poema Paréntesis:

“Soy de los que en la liza perseveran y sin temblar,  
esperan la gloria o el peligro cara a cara.”

Afirmando a la vez con convicción:

“No caeré; más si caigo,  
entre el estruendo  
rodaré bendiciendo  
la causa en que fundí mi vida entera.”

Esa fuerza imparable, con la que Luis Muñoz Rivera luchó para hacer futuro, es la que hoy nos debe inspirar para alterar los escenarios vitales que nos limitan y alcanzar la agenda que en 1896 él mismo trazó, y que 114 años después sigue aún vigente. En aquel entonces Muñoz Rivera planteaba:

“Nuestro anhelo profundo, las supremas ansias de nuestro espíritu, consisten en hacer patria; en destruir una colonia y en crear un país.”

Para la consecución de esta agenda, para hacer patria, y crear un país, es necesario deshacernos de ciertas ataduras mentales, que a modo de mitos limitantes se apoderan de nuestra psiquis colectiva, aprisionándonos en una red de imposibilidades y derrotismos.

Examinemos esos mitos, esos amarres mentales, para superarlos de una vez y catapultar el desarrollo de Puerto Rico.

Comencemos con el primero de ellos.

### **I. Nuestra nacionalidad está asediada y en amenaza constante**

En los años treinta del siglo pasado, y en reacción a las circunstancias históricas de aquel momento, un sector de la intelectualidad puertorriqueña elevó a rango de axioma el temor de que nuestra nacionalidad está en riesgo permanente de perderse. Así postularon que para evitar su desaparición y exterminio, era necesario estar en vigilancia y afirmación constante.

Esta reacción defensiva tuvo su razón histórica y cumplió su propósito.

Sin embargo, este temor permanente al asedio, con el que desde esos entonces vivimos, nos ha marcado negativamente. La institucionalización de un nacionalismo asustadizo y defensivo ha minado nuestra confianza colectiva y dificultado el despliegue de nuestras fortalezas frente al resto del mundo.

En el ámbito personal, todos los días, hay puertorriqueños avanzando y triunfando, en prácticamente todo el espectro del quehacer humano. En el colectivo, otra es la realidad,

Por eso llegó el momento de superar el temor paralizante que genera el mito de la patria frágil e impotente.

Despejémonos de él, borrémonos de nuestra mente.

Lo que somos como Pueblo no está sujeto a negociación, a modas temporales, ni a permutas por conveniencias o por deslumbramientos ajenos.

La lucha por **nuestra identidad nacional, la ganamos.**

Que a nadie le quepa duda:

**Los puertorriqueños somos y siempre seremos una NACIÓN.**

Esa nacionalidad, ni la podemos negar, ni nadie nos las puede arrebatar.

Pertenece y es de todos los puertorriqueños, sin exclusión.

Su reconocimiento y aceptación es, sin embargo, un mero punto de partida. El nacionalismo nos da las alas, pero, corresponde a nosotros, los puertorriqueños, ponerlas en movimiento y emprender el vuelo hacia la construcción del país.

Por eso a nuestro nacionalismo hay que saber dejarlo crecer y madurar.

Parfraseando a Gastón Acurio, maestro de la cocina peruana de prominencia internacional, cuando instaba a sus compatriotas, estudiantes universitarios, a superar los límites de su entorno natural y psicológico para competir con el resto del mundo:

“Debemos evitar aquel nacionalismo pequeño, miope, que se lamenta, que condena, que divide, que se encierra y protege la mediocridad. Debemos propiciar un nacionalismo positivo, que cuestione, que tolera, que persigue y aplaude el éxito en donde quiera que esté y que nos lleve a participar de esos éxitos a donde quiera que éstos se puedan lograr.”

Una vez superado el mito de nuestra impotencia nacional, y convertido ese nacionalismo en energía positiva y liberalizadora, debemos entonces destruir otra atadura mental, un segundo mito, que igualmente nos limita, y aprisiona psicológicamente.

## **II. El mito de que somos un pueblo conformista, sin iniciativa e incapaz de valerse por sí mismo**

Si algo surge del repaso de nuestra historia, es la de un pueblo curioso, vivo, que ante las circunstancias más adversas, ha sabido ingeniárselas, buscárselas, para salir hacia adelante y sobrevivir ante esa adversidad.

En los momentos de pobreza más abyecta bajo el dominio español, cuando el tráfico mercantil era restringido, hubo un Pueblo que

desafió la arbitrariedad del régimen y se dispuso a comerciar con el resto del mundo. Ese Pueblo, mediante la solidaridad vecinal, construyó los canales de sobrevivencia alimentaria, social y económica que le permitió suplirse de aquello que el régimen les negaba.

Nuestros artistas, por encima de la censura, ayudaron a forjar una nacionalidad propia y mantuvieron viva la aspiración de igualdad y libertad.

Hubo también un movimiento laboral ilustrado y constructivo. Un movimiento que ante la ausencia de un sistema de educación accesible, se ocupó de instruir a los suyos, de motivarlos a crecer, a reclamar no sólo la participación justa de la riqueza que su trabajo generaba, sino a convertirse en promotores de la creación de nuevas riquezas en la sociedad. Gracias a estas iniciativas, muchos trabajadores, llegaron a ser de las personas más instruidas de la comunidad y líderes del país, por derecho propio.

En esta trayectoria de lucha y superación, las mujeres fueron pioneras. Con su esfuerzo consuetudinario mantuvieron operante y vivo el entorno familiar y comunitario. Fueron ellas las primeras en utilizar técnicas modernas de organización y promoción para reclamar la igualdad en el trabajo, el derecho al voto y la protección del entorno familiar.

Ese mismo Pueblo, reclamó sus derechos civiles, el acceso a la tierra, y a la vivienda digna, el fin de todo tipo de discrimen, la protección de sus recursos naturales, y la evolución hacia una verdadera universidad pública.

En esta trayectoria, los partidos y los líderes políticos, más que iniciar o provocar, simplemente reaccionaron e hicieron suyos esos reclamos, que nacieron, se trabajaron y, a fin de cuentas, se ganaron desde y por el Pueblo.

Los ejemplos mencionados y otros muchos, ilustran y ejemplifican la historia de un Pueblo que nunca se ha rendido. Un Pueblo que siempre ha ido hacia adelante, a pesar de obstáculos y limitaciones que fuerzas naturales e imposiciones gubernamentales, coloniales o propias, le han impuesto.

Después de todo, no hemos tenido otra alternativa. La experiencia, golpe tras golpe, nos ha enseñado que la puesta y entrega de nuestra agenda de vida en el Estado, en los políticos o en sectores ideológicos particulares, la mayoría de las veces, ha traído como resultado, desengaños, desilusión, paralización y el atrincheramiento estéril del país.

Hoy, esa lucha contra la adversidad que nos ha caracterizado, aún continúa firme. Quizás sea una lucha callada, y en ocasiones, tal vez inconsciente de la propia batalla que libra y de los propios éxitos que obtiene. Pero definitivamente, los puertorriqueños todos

los días vivimos y desarrollamos un combate continuo contra la adversidad, de forma extensa y fuerte.

¡Qué más prueba se necesita para evidenciar que los puertorriqueños somos bravos, que conseguimos lo que deseamos cuando nos lo proponemos!

Las organizaciones no gubernamentales y de base comunitaria han sido fundamentales en la gesta de sobrevivencia que constituye la historia de Puerto Rico. Hoy, quizás más que nunca antes, estas organizaciones son claves. Donde el gobierno y la política han fallado, el Pueblo ha sabido abrirse paso gracias a su propio esfuerzo y el esfuerzo magnificado de las organizaciones, que a tales fines, ha sabido o se ha visto obligado a crear.

Son las organizaciones no gubernamentales, y la dinámica que en éstas se genera, la plataforma ideal para la realización individual, que a su vez, hará posible la realización más amplia del colectivo nacional.

Un sector no gubernamental fuerte, es también, un escudo y salvaguarda para la embriaguez de poder, que con peligrosa frecuencia, ciega la sensibilidad de nuestros gobernantes, llevándolos a cometer arbitrariedades y atropellos frente al soberano popular a quien viene obligado a servir y proteger.

NO hay peligro mayor para una sociedad que los excesos del Estado. Por eso, el Pueblo tiene que estar en vigilancia continua del Estado y dispuesto a ejercer su autoridad frente a éste.

La lección es clara: la fuerza no está en otros, sino en nosotros, en todo aquello que los puertorriqueños nos decidamos a realizar.

Como bien dijera Muñoz Rivera:

“Que los puertorriqueños no esperen nada de nadie; que lo esperen todo de su fuerza y de su esfuerzo.”

La lección es clara: NO NECESITAMOS DE NADIE.

Debemos, sin embargo, tener cautela. La lucha que debemos emprender como Pueblo, no puede apropiarse por unos cuantos en menosprecio y menoscabo de las aspiraciones, inquietudes y deseos de superación de los demás. Ningún grupo, ninguna organización puede considerarse más importante, más correcta y sabia que el resto de los individuos a modo de considerarse legitimada a imponerle su visión o entendimiento particular.

Hablar de colectivo, sin comprender, ni dar espacio para el desarrollo del plano propio e individual, es la peor de las imposiciones y dictaduras.

Para poder hablar de nosotros, primero tenemos que poder manejar y potenciar adecuadamente nuestro entorno particular. No es posible un colectivo, sin individuos y sin individualidad propia.

Al hablar de individualidad, no me refiero al individualismo concebido como egoísmo o insensibilidad para con los demás. Hablo de que es necesario que yo me sienta realizado, libre, cómodo conmigo mismo, para que entonces podamos, actuar y realizarnos como colectivo.

La lucha y el cambio necesario se inicia y cobra fuerza contagiosa desde mi propio yo, desde mi hogar, desde mi calle, desde mi vecindario, desde mi comunidad, lo que entonces hace posible que se extienda al país y al mundo. La pequeña lucha que diariamente efectuamos en nuestro entorno peculiar, crea la propia dinámica que se extiende al agregado y que al hacerlo puede llegar a cambiar al país.

En la apertura de estos nuevos caminos y posibilidades, tampoco puede existir espacio para la violencia, sea ésta física o verbal; sea ésta de naturaleza institucional, individual, sectaria o ideológica.

Como bien ha señalado el obispo de San Juan, Monseñor Roberto González Nieves:

“La violencia debe ser obsoleta en todas sus manifestaciones, debe ser erradicada del corazón humano, de los estilos de hacer política, de gobernar, de manifestarnos y como medio para hacer valer nuestros derechos.

No sólo el gobierno está llamado a mantener el orden, sino todos los ciudadanos estamos obligados a fomentarlo y a promover la justicia y la convivencia fraterna mediante procesos y estilos pacíficos, respetando los adversarios,

evitando la imposición de ideas o proyectos políticos y colaborando a favor del bien común."

Ha dicho bien el monseñor. Pues, no hay patriotismo, ni mérito en la violencia.

Dejemos, de pelar entre nosotros. No seamos nuestro peor enemigo. Que cada quien crezca, que cada quien persiga su sueño.

Que la victoria de un puertorriqueño no represente la imposición sobre otro puertorriqueño.

Aprendamos, TODOS, a ser tolerantes con la diversidad y con la disidencia, incluso, los propios disidentes.

Como bien dijera Luis Muñoz Rivera, "no seamos nosotros enemigos de nadie."

Pero, para que Puerto Rico, pueda finalmente trazar con éxito su propio derrotero, hace falta derrumbar otro mito, otra verdad aparente, que ancla y limita nuestro potencial. Me refiero a la noción de que los empresarios y la actividad que éstos desarrollan es de cuestionable legitimidad, pues conlleva la explotación de algún sector, por lo que termina acarreando consecuencias negativas para la sociedad.

### **III. El mito de que la actividad empresarial es sinónimo de explotación y elemento extraño y ajeno a nuestra idiosincrasia**

Una de las dificultades que como Pueblo experimentamos al intentar superarnos y mejorar nuestras condiciones económicas y sociales, es la inexistencia de una base empresarial local fuerte, que sirva de plataforma para el desarrollo del país.

No hay país, ni nación en el mundo que progrese sin contar con un base empresarial local. El espíritu emprendedor es la fuerza creativa y liberalizadora que hace avanzar una sociedad. Su ausencia o fragilidad, genera el vacío que precipita a una sociedad al inmovilismo y a la inacción.

¿Qué tiene Montreal, Cataluña o el País Vasco, que Puerto Rico no tiene? Definitivamente, no es el entendimiento histórico de experiencias compartidas, ni la existencia de un lenguaje común, ni el reto de la coexistencia con un poder central. Como hemos dicho, Puerto Rico al igual que los pueblos mencionados, también es una nación. Lo que nos distingue y aparta es, precisamente, la ausencia de una base empresarial local fuerte.

Para alcanzar el progreso que podemos y necesitamos alcanzar, es necesario erradicar la imagen negativa que en Puerto Rico se ha construido sobre los empresarios. Así también es necesario corregir

la apreciación de que los puertorriqueños carecemos de espíritu emprendedor.

No hay duda, que nuestra economía ha sido, en gran medida, la de otros. Por siglos, capitales absentistas la controlaron, imponiendo sus intereses particulares, en perjuicio y desatención de los nuestros. Parece que el resentimiento acumulado contra estas fuerzas económicas, nos llevó a identificar como peligrosa y maligna toda la actividad empresarial, incluso la positiva que proviniera del exterior y aquella que pudiera llegar a desarrollarse por los propios puertorriqueños.

La falta de discernimiento entre una y otra, arremete y erosiona lo que debería ser uno de los pilares fundamentales de nuestra nacionalidad: la existencia de una economía propia sólida y solvente. Esta es la pieza clave, que ha faltado para hacer realidad la agenda de Muñoz Rivera de derrotar el colonialismo y construir un país.

Nuestra historia nos confirma que el puertorriqueño es un ser creativo, ingenioso y emprendedor. En todo puertorriqueño vive y late un sueño, una idea que lleva consigo, quizás, desde temprano en su vida y que le gustaría desarrollar y convertirla en el centro de su actividad diaria y económica.

Eso es empresarismo. Es un instinto, una inquietud que aflora naturalmente y que **es** parte de nosotros aunque existan fuerzas se han empeñado en arrebatárnoslo.

La incompreensión de esta realidad, ha llevado a que nuestros empresarios se les estigmatice, se les caricature, se les obstaculice injustificada e innecesariamente su actividad productiva. Al hacerlo, quien pierde no es el capital, que siempre encontrará en otros lugares el ambiente propicio para su manifestación. Quien pierde es Puerto Rico, nuestra gente, a quien se le niega la oportunidad de crecimiento y desarrollo propio.

La mejor de las defensas contra los ciclos críticos de la economía y de la política global, es la existencia de un sector local privado fuerte y vigoroso, que sirva de contrapeso y escudo a cualquier manifestación o pretensión dañina de fuerzas o corrientes externas.

En Puerto Rico tenemos que propulsar y abrirle paso a ese espíritu emprendedor que vive en cada puertorriqueño.

Que cada puertorriqueño se lance a buscar su sueño, que se atreva a experimentar, a asumir riesgos, e incluso a fracasar. El riesgo, el fracaso, son elementos inherentes, antesalas, preparatorias al éxito final. De esa acción, de esa aventura emprendedora es que

provendrá la fuerza liberalizadora que hará posible nuestra realización plena.

No puedo concluir este mensaje sin hablar de nuestra Universidad. Pues, para hacer realidades nuestros sueños y aspiraciones, la universidad y el sistema de educación pública son fundamentales, pues como bien expresara Luis Muñoz Rivera, la educación es la única manera de “derrotar la ignorancia y asegurar un porvenir lisonjero a la generación que ha de sucedernos.”

### **La universidad pública**

La universidad es el reflejo del país, y en estos momentos, la imagen que desde allí se irradia, es preocupante por demás.

A pesar del enorme talento que en ella existe, el ensimismamiento de los distintos sectores aferrados a la defensa terca de sus concepciones particulares de la Universidad, ha puesto en riesgo la viabilidad y efectividad del más importante de nuestros centros docentes.

Pero, qué es una universidad, sino el espacio en donde se encuentran mediante discusión respetuosa las disidencias. La Universidad debe fomentar siempre libertad, convivencia y la discusión abierta, alejada de fanatismo y ciegas pasiones.

Puerto Rico necesita, una Universidad diversa, despierta y disidente. Pero, a la vez digna, respetuosa y tolerante. Una Universidad creativa, no destructiva, abierta a todos, en todo momento.

Como bien dijera el escritor Carlos Fuentes, precisamente en la UPR:

“En la universidad no está lo que sobrevive, sino lo que está vivo y esta por nacer. En la universidad todos tenemos razón porque nadie tiene la razón a la fuerza ni tiene la fuerza de una razón única.”

En nuestra Universidad tienen que coexistir armoniosamente los intelectuales y los artistas que construyen nuevas formas de bellezas y modelos de convivencia e interacción social, junto con los científicos, los ingenieros, los matemáticos, los expertos financieros y los futuros empresarios. Junto a la conciencia intelectual y moral del país tienen que desenvolverse y desarrollarse, los creadores de la tecnología, de la propiedad industrial, de las patentes, de las marcas, de los instrumentos de inversión que constituyen la nueva fuente de la riqueza de la sociedad global.

Necesitamos con urgencia una Universidad que brinde espacio a la formación de jóvenes emprendedores que desarrollen canales de distribución y técnicas para promocionar nuestros productos y creaciones. Empresarios que nos permitan conquistar los mercados extranjeros y el favor de los consumidores del resto del mundo. De qué vale que seamos talentosos y que tengamos la capacidad de crear cosas buenas, si nadie las conoce, patrocina, ni consume.

Sencillamente no es más, quien no hace y produce más. Desafortunadamente en Puerto Rico, es muy poco lo que últimamente hemos estado haciendo que capture la atención y el favor del resto del mundo.

No podemos vivir sólo del lamento y la protesta. Hay que abrirle paso a la corriente de talento que diariamente desperdiciamos en lo inconsecuente e intrascendental. Hay trabajar en armonía, día y noche, de forma organizada, sistemática y con rigor y disciplina

Es precisamente esta convivencia productiva y necesaria de espíritus creadores, la que hará posible que nuestro talento se propulse e inserte en la economía global y que nos ponga en posición de competir de tú a tú con el resto del mundo.

Es en la Universidad donde finalmente habrá de forjarse el Puerto Rico que quiso Luis Muñoz Rivera, y cito:

Quise en mi patria contemplar un día, no la turba rebelde y tumultuaria que en algarada inútil se extravía, sino el pueblo viril, heroico y fuerte que sin vanos alardes desafía el golpe injusto de contraria suerte" (poema NULLA EST REDEMPTION)

## **CONCLUSION**

Los puertorriqueños somos talentosos, creativos, activos. Hemos enfrentado y combatido toda forma de adversidad. Hoy, incorporando la historia que nos ha formado, ejerzamos muestra

mayoría de edad como pueblo, superemos los mitos, las anclas que destierran nuestro progreso.

Llegó el momento.

Llegó el momento de que incorporemos las enseñanzas pasadas que nos legaron nuestros próceres. Su fuerza de vida, su voluntad no sujeta a rendición y la confianza absoluta en el potencial propio y colectivo.

Llegó el momento de abandonar las dudas, las indecisiones.

Llegó el momento de reclamar nuestro tiempo, nuestro mercado, nuestro espacio en el mundo.

Llegó el momento de ser puertorriqueños, sin etiquetas, sin preconcepciones, sin prepotencia, ni imposiciones.

Llegó el momento de decidir, el momento de afirmar nuestro nacionalismo con seguridad - el grande, el positivo, el creativo, el que nos pertenece y define a TODOS.

Llegó el momento, al que nos alentó Muñoz Rivera.

El momento de hacer patria; de destruir la colonia y de crear un gran país.

###